



**Ilustración de cubierta:** Imagen de Biblioteca: Giuseppe Maria Crespi, *Due sportelli di libreria con scaffali di libri di musica*, óleo sobre tela. ca. 1720-30. Museo Internazionale e biblioteca della musica. Bologna. Italia.

**Ilustración de lomo:** Alegoría de la Historia: Cesare Ripa, "Allegoria della Historia" en *Iconologia* (ed. 1611), Padua, P. Tozzi, p. 235.

**Edición:** Primera. Octubre de 2016

**Código IBIC:** HBAH

**ISBN:** 978-84-15295-73-0

© 2016, Miño y Dávila srl / Miño y Dávila editores sl

**Armado y composición:** Suipacha, Prov. de Buenos Aires, Argentina.

**Impresión:** Imprenta Dorrego, Av. Dorrego 1102, Buenos Aires, Argentina.

Prohibida su reproducción total o parcial, incluyendo fotocopia, sin la autorización expresa de los editores.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

**Diseño:** Gerardo Miño

**Composición:** Eduardo Rosende


**MIÑO y DÁVILA**  
EDITORES

**Página web:** [www.minoydavila.com](http://www.minoydavila.com)

**Mail producción:** [produccion@minoydavila.com](mailto:produccion@minoydavila.com)

**Mail administración:** [info@minoydavila.com](mailto:info@minoydavila.com)

**Oficinas:** Tacuarí 540. Tel. (+54 11) 4331-1565  
(C1071AAL), Buenos Aires.



Colección: Ideas en debate  
Serie: Historia Antigua-Moderna

Director de serie:  
José Emilio Burucúa



*Silvina Paula Vidal*

La historiografía italiana  
en el tardo-Renacimiento



MIÑO y DÁVILA  
♦ EDITORES ♦

*A mi tía Clide que nos dejó hace poquito...*  
*A mi hijo Matías que acaba de llegar...*

# ÍNDICE

AGRADECIMIENTOS .....	11
<b>INTRODUCCIÓN. EL ARTE HISTÓRICA COMO OBJETO DE ESTUDIO</b>	13
1. Aclaraciones terminológicas: <i>tékhne</i> , <i>ars</i> y <i>phrónesis</i> .....	13
2. Abordajes historiográficos .....	18
3. Hipótesis y metodología de trabajo .....	31
4. Notas a la presente traducción de fuentes y documentos ...	36
<b>CAPÍTULO I</b>	
La formación de una tradición vernácula de <i>arte storica</i> en el ámbito véneto.....	37
1. Los antecedentes: la <i>pubblica storiografia</i> .....	37
2. El humanismo aristotélico paduano y la crítica textual..	41
3. Los proyectos enciclopédicos de las academias: el italiano como lengua de cultura.....	47
<b>CAPÍTULO II</b>	
Francesco Robortello: entre retórica, política y anticuarismo...	55
1. Contexto de producción: la historia como <i>tékhne</i> y el interés por la filología.....	55
2. Forma y estructura del <i>De historica facultate disputatio</i> (1548) .....	58
3. Verdad y utilidad. La historia como conocimiento práctico	63
4. Las objeciones de Sexto Empírico como excusa para revisar la relación entre historia y retórica .....	70
5. Entre la historiografía política y el paradigma anticuario. De Tucídides a la polémica con Carlo Sigonio.....	78
6. El ingreso de Robortello al debate vernáculo de <i>arte</i> <i>storica</i> : Dionigi Atanagi y su <i>Ragionamento della</i> <i>eccellentia e perfettion de la historia</i> (1559).....	86



### CAPÍTULO III

Francesco Patrizi: la historia política y el estudio de las antigüedades como via media entre realidad efectiva y ciclicidad cosmológica..... 95

1. El *Studio* paduano y la *Accademia Veneziana della Fama*. 95
2. La estructura de los *Dieci Dialoghi Della historia* (1560).. 97
3. Historia del *mondo maggiore*: gnosis y reminiscencia .... 102
4. Historia del *mondo minore*: de la incompatibilidad entre verdad y utilidad al escepticismo..... 108
  - 4.1. En búsqueda de nuevos criterios normativos para el estudio del pasado: la historia del *mondo minore* se vuelve universal..... 114
  - 4.2. De la anatomía de la acción humana a la historia como construcción discursiva..... 123
5. Sobre el lenguaje de las artes: filosofía, historia, poesía y retórica..... 127
6. La historia como *sensata cognitio* y la preferencia por el formato analítico ..... 129

### CAPÍTULO IV

Sperone Speroni: de la *questione della lingua* a la historia antiretórica y analítica..... 133

1. Sobre el lenguaje, la retórica y la poética..... 133
2. Los escritos sobre la historia ..... 149
  - 2.1. Acerca de Jenofonte..... 152
  - 2.2. Trifon Gabriele, Gasparo Contarini y la *publica storiografia*..... 155
  - 2.3. Los discursos contra Francesco Guicciardini..... 160
  - 2.4. El *Dialogo della Istoria*..... 170

### CAPÍTULO V

De Robortello a Speroni: marchas y contramarchas en la ruptura con la tradición humanista..... 191

1. Clasificación del conocimiento de Aristóteles al siglo XV... 192
2. Los intelectuales del círculo paduano-veneciano de mediados del *Cinquecento*..... 207
  - 2.1. Las ambivalencias de Francesco Robortello: el último humanista ..... 214
  - 2.2. Sperone Speroni: un literato entre “el ser” y el “deber ser”, entre política y moral..... 224
  - 2.3. Francesco Patrizi: el filósofo tras la “cognition del vero”..... 233
3. Conclusiones ..... 243





## CAPÍTULO VI

Hacia la consolidación de un canon.....	247
Primera Parte: La recepción de los escritos de Robortello y Patrizi en el mundo reformado.....	249
1. <i>De historica facultate</i> según Stanislao Ilovio .....	251
2. Los diálogos <i>Della historia</i> en la traducción de Thomas Blundeville: <i>The True Order and Method of Wryting and Reading Hystories</i> (1574).....	262
3. El <i>Artis historicae Penus</i> de Pietro Perna y Johannes Wolf (1576-79).....	274
Segunda Parte: La fortuna de los diálogos speronianos en la obra de dos jesuitas: Agostino Mascardi y Sforza Pallavicino.....	295
<b>REFLEXIONES FINALES</b> .....	315
<b>APÉNDICE DE IMÁGENES</b> .....	327
<b>BIBLIOGRAFÍA</b> .....	347



## ➤ AGRADECIMIENTOS ➤

Los resultados de este libro son fruto de dos investigaciones: una doctoral, desarrollada en la Universidad de Buenos Aires con beca del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET) de la República Argentina; otra de maestría, llevada a cabo en el Warburg Institute de la Universidad de Londres (Inglaterra) con beca del Programa ALBAN (Becas de Alto Nivel para América Latina) de la Unión Europea.

Quisiera agradecer la dirección de la tesis doctoral a José Emilio Burucúa, mi maestro, a quien debo el interés por la historia moderna cuando era estudiante de grado, hace ya catorce años. Aprecio mucho su lectura atenta y estimulante de todas mis producciones desde entonces. Agradezco a Leonardo Levinas, mi co-director, por asumir su tarea tan comprometidamente, con la dedicación y la generosidad que lo caracteriza. Asimismo, expreso mi agradecimiento a los jurados de la tesis: Leiser Madanes, Martín Ciordia y Francisco Bertelloni por sus observaciones y aportes.

La experiencia en el Warburg Institute, del 2002 al 2006, como investigadora y estudiante de la maestría en Historia Intelectual y Cultural (1350-1650) ha sido enriquecedora en sentido integral, porque además de profundizar mis conocimientos sobre la tradición clásica y el Renacimiento europeo, me permitió agudizar el trabajo con las fuentes, abrirme a abordajes verdaderamente interdisciplinarios y compartir mis avances con *scholars* de distintas partes del mundo. Reconozco, la valiosa guía de Jill Kraye, directora de mi tesis de maestría sobre Sperone Speroni para encarar los diversos matices que adopta el aristotelismo paduano del tardo-*Cinquecento* así como su disposición a responder siempre mis dudas. Del mismo modo, recuerdo con gratitud a Alessandro Scafi, Christopher Ligota, Charles Burnett y François Quiviger por haberme alentado a seguir adelante, al ex-director del Instituto Warburg, Charles Hope y

muy especialmente a la ex-secretaria, Anita Pollard, quien ha seguido auxiliándome, incluso, una vez de vuelta en Buenos Aires, fotocopiando y enviando artículos que eran prácticamente imposibles conseguir.

Gracias con mayúsculas a Nuccio Ordine, a quien me une, además, el interés por Giordano Bruno, por sus sabios consejos, el acercamiento de material bibliográfico, las recomendaciones y el continuo aliento. Lo mismo digo de Constance Blackwell por la hospitalidad que me brindó durante los distintos viajes que hice a Londres y por las valiosas sugerencias e ideas que aportó sobre mi trabajo. Vaya también un reconocimiento especial a Roger Chartier por sus valiosos comentarios con respecto al enfoque teórico-metodológico adoptado para mi estudio de la tradición vernácula de *artes historicae* y a Anna Puliafitto Bluel por haberme facilitado su edición de *Della Retorica* de Francesco Patrizi.

A Verónica Iribarren, quien además de su experticia me ofreció su amistad, agradezco su ayuda al momento de traducir algunas frases del griego y revisar y corregir mis traducciones del latín. Destaco la colaboración de mi amiga y colega warburiana, Henrike Mund, quien me guió con algunos textos en alemán sobre la vida de Johannes Wolfius (el autor del *Artis historicae Penus*). También deseo agradecer a Peter Forshaw y Simone Testa por ayudarme a empezar y organizar una investigación que se ampliaba cada vez más y a mis compañeros de la maestría: Mark, Saara, Martine y Adriano.

La dedicatoria de la totalidad va dirigida a mis amigas: Preeti, Angie, Melina J., Romina, Inesita, Irení e Irene Y.; a mi pareja, Dani (por su infinita paciencia y ayuda), a mis padres, Josefina y Daniel, a mi hermana Vero, a mi tía Clide, a Cora y Matena, a Berni y Otto. Sin el afecto y el apoyo incondicional de ellos, nada de esto hubiera sido posible.

Buenos Aires, abril de 2015

## ➤ INTRODUCCIÓN ➤

### El arte histórica como objeto de estudio.

*Cangiante è dunque la historia, che non è pura narrazione, ma piena tutta di poesia e di rettorica e di gramatica insieme miste e tessute sì fattamente, che ne riesca un non so che quarto, simile al collo della colomba e forse alla iride, che se sta ferma in uno esser, non però sta in un parere, ma ad ogni battere e volger d'occhio muta e rinnova la sua sembianza. Sperone Speroni, Dialogo della Istoria. Parte Prima.<sup>1</sup>*

#### 1. Aclaraciones terminológicas: *tékhnē, ars y phrónesis*

En principio, hablar de arte histórica<sup>2</sup> exige una aclaración. En el Renacimiento entender la historia como arte significaba concebirla como una materia del plan de estudios universitario que podía presentarse y comunicarse en forma sencilla, clara y precisa con una finalidad pedagógica. En este sentido, Cesare Vasoli, Walter Ong y Neal Gilbert, entre otros autores,<sup>3</sup> han insistido en el hecho de que *ars* y *methodus* son términos intercambiables, ya que remiten a una técnica expositiva u orden del discurso que –bajo la influencia de obras como *De inventione dialectica* (1539) de Rudolph Agricola, con sus argumentos probables basados en la elaboración de una *tabula locorum*– combinaban lógica y retórica para organizar el dictado de una asignatura determinada.

El interés por hacer de la historia un saber sistematizable y transmisible no es casual. Confiados en la voluntad del hombre y el poder transformador de la palabra; poder vinculado al rescate de la “gloriosa”

- 
1. Sperone Speroni, *Opere* (ed. Mario Pozzi), Roma, Vecchiarelli, 1989, vol. 2, p. 218.
  2. A lo largo del trabajo emplearemos sucesivamente los términos: *arte storica* para referir a la tradición vernácula (más concretamente al ámbito paduano-veneciano); *artes historicae* (la tradición latina) y *arte histórica* (como campo de estudios que comprende las dos tradiciones). El equívoco radica en que la literatura secundaria ha empleado el término *artes historicae* para referir indistintamente a las dos tradiciones.
  3. Véanse W. Ong, *Ramus, Method and the Decay of Dialogue*, Chicago-Londres, The University of Chicago Press, 2004, pp. 225-268; N. Gilbert, *Renaissance Concepts of method*, New York, Columbia University Press, 1960, pp. 79-81; C. Vasoli, *La dialettica e la retorica dell'Umanesimo, invenzione e metodo nella cultura del XVI e XVII secolo*, Nápoles, Città del Sole, 2007, pp. 32-35 y del mismo autor, “La retorica et la dialettica umanistiche e le origini delle concezioni moderne del metodo”, en Id., *Profezia e ragione. Studi sulla cultura del Cinquecento e del Seicento*, Nápoles, Morano, 1974, pp. 509-593 y M. D. Couzinet, *Histoire et méthode à la Renaissance. Une lecture del Methodus de Jean Bodin*, Paris, Vrin, 1996, pp. 35-38.

Antigüedad grecorromana, con la cual se identificaban frente al “oscuro” pero más reciente pasado medieval, los humanistas no sólo revalorizan la historia civil como tarea cognitiva y política, sino también la incorporan, por primera vez, dentro de la enciclopedia del conocimiento, a partir de los *studia humanitatis*. *Studia* que reformulan los alcances y la significación del *trivium* medieval como programa educativo, porque si bien conservan –con una impronta más secular y mundana– la retórica y la gramática, agregan la historia, la filosofía moral y la poesía como pilares de la formación cívica, moral y espiritual del hombre.<sup>4</sup>

Al caracterizar a la historia como arte (o *ars*, en latín), los humanistas traducen la palabra griega *tékhne* (procedente de la raíz *teks-* fabricar, construir); término que en sentido amplio (tanto en época clásica como durante el Medievo) refería a la habilidad o técnica que poseía el artesano, a partir del conocimiento de las reglas propias de su profesión, para fabricar o hacer algo con maestría. Se trataba así de una categoría abarcadora que incluía no sólo los oficios manuales (carpintería, alfarería, escultura, arquitectura, etc.), sino también parte de las ciencias (gramática, lógica, biología y medicina).<sup>5</sup> Para Aristóteles, la *tékhne* es un saber específico (orientado a la producción) y una variante de *epísteme* que –aunque parte de la experiencia– reflexiona sobre lo universal en tanto el artífice actúa según un plan deliberado y coherente, guiado por una noción definida de la forma o esencia de lo que quiere producir.<sup>6</sup> En este sentido, el médico puede generar las condiciones para curar porque sabe lo que es la salud en general así como un carpintero fabrica una mesa de madera, debido a que conoce la forma del objeto y la materia a la que puede ser incorporada. En la idea aristotélica de *tékhne* resulta fundamental la nota de racionalidad, porque la *tékhne* se define como un saber acompañado de razón verdadera, metódico y transmisible,<sup>7</sup> es decir, una capacidad intelectual que se adquiere y ejercita mediante el aprendizaje, a través de reglas y ejemplos.

En el intento por redefinir y jerarquizar a la historia (todavía ligada a la crónica medieval, esto es al registro cronológico de los hechos y en general considerada parte de la retórica o bien de la lógica)<sup>8</sup> como un campo disciplinar autónomo –con una materia, objetivos y fin determinados– los humanistas, influidos por la tradición retórica romana, acentúan el aspecto didáctico-racional que tenía la idea aristotélica de

- 
4. Cf. P. Kristeller, “El territorio humanista”, en F. Rico (comp.), *Historia y Crítica de la Literatura Española*, 2/2. *Siglo de Oro: Renacimiento* por F. López Estrada, Barcelona, Crítica, 1980, pp. 34-53; F. Rico, *El sueño del humanismo (de Petrarca a Erasmo)*, Madrid, Alianza, 1993, pp. 19-33; A. Castellan, *Algunas preguntas por lo moderno*, Buenos Aires, Tekné, 1986, pp. 24-63.
  5. W. Tartakiewicz, *Historia de seis ideas. Arte, belleza, forma, creatividad, mimesis*. Madrid, Tecnos, 2001<sup>6</sup>, pp. 79-89.
  6. Aristóteles, *Metafísica* 1032b1-15; *Ética Nicomaquea*, VI, 4, 1140a 1-16.
  7. Aristóteles, *Ética Nicomaquea*, 1140a 7-10; *Metafísica*, 981b 5.
  8. D. Deliyannis (ed.), *Historiography in the Middle Ages*, Leiden, Brill, 2003, pp. 1-13.

*tékhne*. Sin embargo, se encuentran con una gran dificultad: la historia nunca podía alcanzar, según Aristóteles, el status de *tékhne*, porque no sólo era imposible una ciencia de lo concreto singular, sino también el conocimiento de entidades contingentes y aleatorias como los hechos y las acciones del hombre.<sup>9</sup> De este modo, frente a la necesidad de salvar esta contradicción para justificar la importancia de los estudios históricos, los intelectuales del Renacimiento se sirven eclécticamente de otras autoridades clásicas que intentan conciliar con Aristóteles (como Platón, Horacio, Dionisio de Halicarnaso y Luciano de Samosata), a los cuales agregan sus propias observaciones sobre las prácticas historiográficas y eruditas que realizan. En este sentido, el *tardo-Cinquecento* constituye un período propicio para hacer una historia de la historiografía debido principalmente a dos factores: (i) el desarrollo de una crítica filológico-textual en torno a las traducciones latinas y vernáculas de la *Poética* y la *Retórica* aristotélicas, en relación con el problema de los géneros discursivos<sup>10</sup> y (ii) la disponibilidad de muchas ediciones comentadas de autores griegos y latinos (ya sean rétores, en el caso de Cicerón y Quintiliano o historiadores como Tucídides, Polibio, Tito Livio y Plutarco).<sup>11</sup> Por ello, aunque la reflexión teórica sobre la historia se remonta al *Quattrocento*, sólo hacia 1550 se advierte a nivel europeo una producción sistemática de *artes historicae* (como un tipo de escritura específico) que involucra a varios países (Italia, España, Inglaterra, Francia y Alemania) y continúa hasta el siglo XVIII.<sup>12</sup>

La discusión sobre las *artes historicae* forma parte, sin duda, de una preocupación mayor por encontrar un sistema de clasificación del conocimiento que se correspondiera con la estructura de la realidad. De este modo, la revalorización que los humanistas hacen de las artes del lenguaje (la retórica, la poesía y la historia) coincide con la admisión de la arquitectura, la pintura y la escultura, por vía de su matematización, en el seno de las artes liberales, independizándose así de las artes manuales, consideradas serviles por su lastre material.<sup>13</sup> En el marco de este proceso de reordenación y rejerarquización de los saberes (que con-

9. Aristóteles, *Metafísica*, 1026b 30- 1027a 26; *Poética*, 1451a 38-1451b 11.

10. Aquí utilizamos la categoría de **género discursivo** de M. Bajtin (*Estética de la creación verbal*, México, Siglo XXI, 1985, pp. 248-293) en relación a: (i) la concepción dialógica del lenguaje que primaba en el Renacimiento; (ii) el amplio repertorio de tipos y subtipos de escritura que se desarrollan, a partir de la *questione della lingua*, para cada situación comunicacional o ámbito de uso (académico, familiar, comercial, etc.).

11. Una periodización de estas ediciones aparece en B. Reynolds, "Shifting Currents in Historical Criticism", *Journal of the History of Ideas* Vol.14 (1953), pp. 474-476 y P. Burke, "A Survey of the Popularity of Ancient Historians 1450-1700", *History and Theory*, Vol. 5, N° 2 (1966), pp. 135-152.

12. A. Witschi-Bernz, "Main Trends in Historical-Method Literature: Sixteenth to Eighteenth Centuries", *History and Theory* 12, *Bibliography of Works in the Philosophy of History 1500-1800* (1972), pp. 51-90.

13. J. Burucúa, "El binomio arte-ciencia: sus identidades, escisiones y conflictos en el mundo moderno", *Cuadernos de Historia de las Ideas*, número 2 (1994), pp. 21-34.

cluye en el siglo XIX con la separación de las hoy consideradas “bellas artes” de las artesanías y de las ciencias)<sup>14</sup>, en el *tardo-Cinquecento* se advierten los intentos por delimitar a la historia tanto de la poesía y la retórica (en relación con el problema de la imitación y los vaivenes entre verdad y verosimilitud) como de puntualizar su vínculo con la ética y la política, entendidas por Aristóteles como *phrónesis* en el sentido de saberes prácticos que guían la acción humana hacia el bien; concepto estrechamente asociado a la idea de historia como *magistra vitae*.

Ante la inevitable necesidad de hacer un recorte y una selección de un *corpus* de fuentes tan extenso,<sup>15</sup> circunscribimos este estudio sobre las *artes historicae* al ámbito paduano-veneciano de mediados del siglo XVI y principios del siglo XVII, concretamente a los escritos de Francesco Robortello (*De Historica Facultate disputatio*, 1548), Dionigi Atanagi (*Ragionamento sulla Historia*, 1559), Francesco Patrizi (*Dieci dialoghi della historia*, 1560) y Sperone Speroni (*Dialoghi della Istoria*, ca. 1578-1588). En este ámbito, donde la tradición de estudios y comentarios dedicados a la obra del Estagirita alcanza un desarrollo importante,<sup>16</sup> la discusión acerca de la historia como disciplina (o *ars*, para usar el término de la época) no sólo intenta dar respuesta al problema de clasificación y organización del conocimiento que el Renacimiento había heredado del Medioevo, sino también a necesidades locales vinculadas con los intereses filológico-eruditos del *Studio Patavino*,<sup>17</sup> el auge de la *pubblica storiografia* veneciana, la *questione della lingua* y el anhelo de crear una literatura independiente en lengua italiana para el público de las cortes que, al no comprender el latín y no disponer de tiempo para asistir a la universidad, prefería la informalidad y el dinamismo de las academias.<sup>18</sup>

Influida por las ideas lingüísticas del filósofo aristotélico Pietro Pomponazzi (1462-1525), quien concebía al *volgare* como un instrumento apto

14. P. Kristeller, “The Modern System of the Arts”, *Journal of the History of Ideas*, N° 12 (1951), pp. 496-527.

15. Al respecto dice atinadamente Henri Marrou [*El conocimiento histórico*, Barcelona, Idea, 1999, p. 147] que: “lejos de ver en los hechos históricos la esencia misma de la realidad del pasado, hemos aprendido a reconocerlos como resultado de una delimitación, de una selección (legítima si es consciente y justificada) que desgaja, del complejo y continuo tejido del pasado, aquel fragmento que el historiador considera útil colocar en su mira”.

16. C. Schmitt, *Aristóteles y el Renacimiento*, León, Universidad de León, 2004, pp. 112-116 y 152-159.

17. P. Costil, “Paul Maurice et l’humanisme à Padoue à l’ époque du Concile de Trente”, *Revue des questions historiques* 60, 3<sup>er</sup> ser, T. 21 (1932), pp. 321-362.

18. Sobre las academias italianas del periodo, *vid.* L. Boehm y E. Raimondi (eds.), *Università, accademie e società scientifiche in Italia e in Germania dal Cinquecento al Settecento*, Bolonia, Il mulino, 1981, pp. 117-67; M. Pozzi (ed.), *Discussioni linguistiche del Cinquecento*, Turín, Unione tipografico-editrice torinese, 1988; D. Chambers y F. Quiviger (eds.), *Italian Academies of the Sixteenth Century*, Londres, The Warburg Institute, 1995, pp. 1-14 y 65-74; A. Calzona et al., *Il volgare come lingua di cultura dal Trecento al Cinquecento*, Florencia, Olschki, 2003, pp. 339-60.



para expresar todo tipo de argumento,<sup>19</sup> la *Accademia degli Infiammati*, junto a círculos toscanos y venecianos, encabezó un proyecto enciclopédico de traducción y vulgarización de autores clásicos y modernos que se rebelaba contra la alianza establecida por el humanismo entre saber y elocuencia, al sostener que el conocimiento de las lenguas clásicas no era imprescindible para acceder a la verdad en sentido “puro”, esto es, filosófico.<sup>20</sup> Esta situación llevó a Robortello, Patrizi y Speroni a reflexionar críticamente sobre la relación entre retórica e historia, llegando incluso a cuestionar, en algunos casos, la definición humanista de historia como *opus maxime oratorium*<sup>21</sup> y buscar criterios alternativos de verdad a la *evidentia in narratione*;<sup>22</sup> criterios que, al forjarse eclécticamente –dado que toman elementos de la escolástica medieval, del hermetismo mágico renacentista, el escepticismo griego y el anticuarismo– constituyeron soluciones intermedias y hasta contradictorias (si las miramos con los parámetros actuales). La tradición vernácula de *arte storica* en Italia reviste así particular interés como objeto de estudio, porque en ella se pueden identificar y analizar las marchas y contramarchas en el pasaje de una idea de historia subsidiaria de la retórica a otra crítico-moderna, que reflexiona sobre el carácter indirecto del conocimiento histórico, la noción de prueba, la tarea del historiador y los condicionamientos de la práctica historiográfica.<sup>23</sup> Éste será el propósito que guiará, en primera instancia, la presente investigación.

Llegados a este punto es conveniente aclarar por qué, si nos ocupamos de la tradición vernácula de *arte storica*, hemos incluido en nuestro *cor-*

- 
19. Cf. M. Pozzi (ed.), *Discussioni linguistiche del Cinquecento, op. cit.*, “Introduzione”, pp. 1-15; B. Nardi, *Studi su Pietro Pomponazzi*, Florencia, Le Monnier, 1965, pp. 45-60 y A. Poppi, *Saggi sul pensiero inedito di Pietro Pomponazzi*, Padua, Antenore, 1970, pp. 55-65.
  20. Recordemos que, para Aristóteles, la filosofía –como ciencia de las causas y los primeros principios– constituía el modelo de *epísteme* por excelencia. Asimismo, véase F. Bruni, *Sistemi critici e strutture narrative*, Nápoles, Liguori, 1969, pp. 11-51.
  21. Cicerón, *De Oratore*, II.51.
  22. Por “*evidentia in narratione*” entiendo lo que en griego se traduce por *enargeia*, esto es, una *demostratio*, que formaba parte de una estrategia persuasiva, destinada a hacer vívido y casi tangible (como si se tratara de una pintura) un objeto invisible. Al respecto, véase C. Ginzburg, *Rapporti di forza: storia, retorica, prova*, Milán, Feltrinelli, 2000, pp. 15-22.
  23. Entendemos este pasaje, en el sentido en que Peter Burke ha distinguido (*The Renaissance Sense of the Past*, Londres, Arnold, 1969, pp. 132-152), tal vez demasiado tajantemente, una historiografía medieval (acrítica, caracterizada por una aceptación pasiva de la autoridad y por una ausencia de distinción entre pasado y presente, que define como anacronismo) de una moderna (consciente del cambio, caracterizada por una mayor perspectiva histórica, una conciencia por la evidencia y un interés en problemas de causalidad). De este modo, una historia crítico-moderna o “científica” se caracteriza, a nuestro entender por: la ruptura con la retórica (desvalorizada como estilística o artificio lingüístico), la búsqueda de modelos explicativos, la importancia que adquieren las causas segundas (en especial el papel de la acción humana), la visibilidad de las pruebas, un nuevo tratamiento de las fuentes (a partir de las prácticas de anticuario, la filología, la cronología y la datación), la percepción del cambio, la idea de progreso y una ampliación del horizonte historiográfico con la discusión de cuestiones políticas contemporáneas, como la razón de Estado. Asimismo, véase E. Breisach, *Historiography: ancient, medieval, & modern*, Chicago, University of Chicago Press, 1994, pp. 153-171.

pus primario de fuentes al *De historica facultate disputatio* de Francesco Robortello que está escrito en latín. Al respecto cabe señalar que, recuperando la raíz latina de la palabra, entendemos el adjetivo “vernáculo” en sentido amplio, esto es, para referirnos no sólo a textos escritos en lengua italiana, sino también a los que hacen especial hincapié en los problemas que aquejan a los intelectuales del círculo paduano-veneciano en relación con el *status* disciplinar y cognitivo de la historia. En este marco, consideramos a Robortello –profesor destacado de la Universidad de Padua– un pionero en cuanto fue el primero en aplicar explícitamente la categoría aristotélica de *tékhne* para establecer, contra la pretensión del mismo Aristóteles, a la historia como un campo disciplinar autónomo que proporciona un conocimiento válido sobre los hechos del pasado. Asimismo, no se puede ignorar que Robortello –y aquí acordamos con Cesare Vasoli–<sup>24</sup> ejerció una influencia notable en los autores más representativos de la tradición vernáculo que sí escriben en *volgare*, como Dionigi Atanagi, Francesco Patrizi (quien fue su alumno) y Speroni Sperone (amigo de Lazzaro Bonamico, uno de los principales maestros de Robortello).

Por último se presenta una dificultad adicional: el éxito que tuvo la recepción del *arte storica* por parte de jesuitas y *romanisti* en el contexto de la Contrarreforma y el triunfo del conservadurismo político en la península itálica, han llevado a caracterizarla apresuradamente como un canon (cerrado y coherente), que apela a la tradición clásica para justificar una cultura dominante. Desde una divergencia fundamental con esta postura, un segundo aspecto de nuestro trabajo abordará la transformación del *arte storica* en canon como un fenómeno problemático, centrándose en las operaciones de selección, reelaboración y supresión que actuaron en la producción y consumo de los textos de Robortello, Patrizi y Speroni. Estas operaciones se verificarán al comparar diferentes ediciones, traducciones y comentarios de estos escritos en los mundos protestante y católico. Se intentará así explicar la culminación del proceso (es decir, la conversión de estos textos en canónicos), incorporando al análisis el compendio del jurista Johannes Wolf (*Artis Historicae Penus*, Basilea, 1579), los *Annales Ecclesiastici* (Roma, 1588-1607) de Cesare Baronio y, para el caso puntal de los diálogos de Speroni, los escritos de dos jesuitas: Agostino Mascardi (*Dell' Arte istorica Trattati Cinque*, 1636) y Pietro Sforza Pallavicino (*Trattato dello stile e del dialogo*, 1662).

## 2. Abordajes historiográficos

La caracterización que el historiador florentino Giorgio Spini (1916-2006)<sup>25</sup> hizo del *arte storica* como un aspecto típico de la mentalidad de

24. C. Vasoli, *Civitas mundi: studi sulla cultura del Cinquecento*, Edizioni di Storia e Letteratura, Roma, Storia e Letteratura, 1996, pp. 211-233.

25. G. Spini, “I trattatisti dell’arte storica nella Controriforma italiana”, *Quaderni di Belfagor* I. *Contributi alla Storia del Concilio di Trento e della controriforma* (1948), pp. 109-37.

la Contrarreforma, tuvo una extraordinaria fortuna en los años '50 y '60. Para Spini, el conservadurismo político y la ortodoxia religiosa, impuesta a partir del Concilio de Trento (1545-63), había obligado a los intelectuales italianos a concentrarse en los aspectos literarios y moralistas de la práctica histórica, dejando de lado la crítica de documentos y otras cuestiones que hoy consideraríamos epistemológicas, a diferencia de sus grandes predecesores florentinos: Nicolás Maquiavelo y Francisco Guicciardini. Según esta postura, el *arte storica* es vista como el rasgo fundamental de una cultura oficial férrea –donde coinciden la Iglesia, el senado veneciano y el *Studio* Patavino– a la hora de establecer, para la escritura de la historia, un canon de autoridades clásicas como medio de justificación y propaganda.<sup>26</sup>

Este enfoque resultó pionero en cuanto dio cuenta del impacto que los rasgos retóricos y moralistas del arte histórica del ámbito paduano-veneciano habían tenido en jesuitas y *romanisti* (como Famiano Strada y Guido Bentivoglio), ansiosos por hallar argumentos en defensa del dogma católico. El programa educativo de la *ratio studiorum* continuaba, sin duda, al humanismo, al propiciar la imitación de modelos clásicos.<sup>27</sup> Ahora bien, el problema de este enfoque historiográfico radica en adscribir a la postura filo-protestante, anticlerical y tacitista de los opositores (como Paolo Sarpi y Enrico Caterino Davila) una historiografía anti-retórica y por ende crítica con respecto al análisis de la información, obviando el hecho de que ya la misma definición de historiografía anti-retórica (por la omisión deliberada de diálogos ficticios y la presentación de documentos *verbatim*), apela a otra forma retórica que se pretendía igualmente persuasiva.<sup>28</sup> En la evaluación de Spini se trasluce el apasionamiento por la historia política, la fuerte experiencia del fascismo y su lucha activa en el frente de la resistencia como demócrata y protestante. Su conclusión sobre el desarrollo de la historiografía europea entre mediados del siglo XVI y las primeras décadas del siglo XVII es contundente: la ortodoxia acentúa la dicotomía, mientras en Italia la retórica y la hagiografía diluyen todo intento historiográfico serio, los detractores deben exiliarse en Francia, Inglaterra y Alemania para difundir el ideal de una patria *libera*.<sup>29</sup>

26. “Non poteva mancare anche nel campo storico chi facesse il tentativo di una determinazione e conservazione autoritaria di una ortodossia, analogo a quello che i padri del Concilio Tridentino andavano compiendo sul terreno dogmatico e disciplinare ecclesiastico”, G. Spini, *I trattatisti dell'arte storica*, *op. cit.*, p. 110.

27. Véase G. Brizzi (ed.), *La “Ratio studiorum”. Modelli di culture e pratiche educative dei Gesuiti in Italia tra Cinque e Seicento*, Roma, Einaudi, 1981.

28. Según Peter Burke, el estilo anti-retórico sería una estrategia de los historiadores del XVII para captar al lector crítico, avezado en la discusión de documentos y las narrativas contrastantes. Véase de este autor, “The Rhetoric and Anti-Rhetoric of History in the Early Seventeenth Century”, en G. Schoröder et al. (eds.), *Anamorphosen der Rhetorik. Die Wahrheitsspiele der Renaissance*, Munich, Fink Verlag, 1997, p. 77.

29. G. Spini, “I trattatisti dell'arte storica”, *op. cit.*, p. 135. El impacto de la experiencia totalitaria del fascismo y de la alianza entre Mussolini y la Iglesia, sumado al descontento de los intelectuales

La postura adoptada por Spini influyó en los trabajos de otros colegas italianos como Gaetano Cozzi<sup>30</sup> y Ferdinando Vegas<sup>31</sup> e incluso, fue llevada al extremo por Sergio Bertelli,<sup>32</sup> alumno de Chabod y secretario del Instituto Gramsci (1955-57), para quien el *arte storica* formaba parte de una historiografía barroca y anti-renacentista, donde primaban los aspectos ideológicos sobre las operaciones de control y crítica de la evidencia documental. Para Bertelli, el *arte storica* era producto de un vuelco intelectual de los intereses del mundo cívico del Renacimiento, es decir, del mundo de Maquiavelo, Guicciardini y Giovio, con su gusto por la retórica, la razón y el republicanismo hacia la visión barroca, didáctica y dogmática de la historia. La práctica historiográfica del tardo-*Cinquecento* se define así por obedecer exclusivamente a la *utilitas*, vinculada no sólo a cuestiones políticas, sino sobre todo religiosas, al estar siempre “abierta a las necesidades de lo que podríamos definir como *mass media* de la época, es decir, párrocos y pastores comprometidos con la nueva evangelización, ya fuese tridentina, ya fuese protestante”.<sup>33</sup>

Bertelli situaba los inicios de este tipo de historiografía, que definía como “barroca”, en la Reforma protestante, en la producción de Johannes Aventinus, Johann Sleidan, Flacius Illyricus y los martiriólogos protestantes; producción que es rápidamente contrarrestada por la ortodoxia de sus opositores: Girolamo Muzio, Onofrio Panvinio, Cesare Baronio y los fundadores de la arqueología cristiana. En este sentido, no importaba cuánto, según Bertelli, los historiadores del Barroco declamaran su objetividad, virtuosismo, exhaustividad documental y carácter conclusivo de sus hallazgos, porque siempre eran incapaces de discernir la verdad de los hechos de la causa que defienden.<sup>34</sup> Si bien esta postura es suge-

---

de izquierda con la política conservadora de Luigi Einaudi (presidente y jefe de la democracia cristiana) aparece en la introducción a la edición del '48 de los cuadernos *Belfagor*: “Il presente ‘Quaderno’ esce in un momento in cui si è ancora più aggravata la crisi dei nostri studi, in un momento in cui maestri e pontefici del laicismo non hanno esitato a dare la loro alta approvazione al trionfo del secolare nemico dello spirito libero, perché esso favorisce le loro idealità di conservatori e di pacifici e ‘ritardati’ petrarchisti dei nostri tempi” (pp. 1-2).

30. G. Cozzi, “Cultura politica e religione nella ‘pubblica storiografia’ veneziana del ‘500”, *Bollettino dell’Istituto di Storia della Società e dello Stato* V-VI (1963-64), pp. 215-94. En este trabajo, Cozzi relaciona la crisis de la historiografía pública, es decir de la historia escrita por encargo del gobierno, con el periodo de mayor proliferación de las *artes historicae*. En este sentido, la historiografía veneciana –sujeta hasta principios del siglo XVII a las exigencias del Estado y la Iglesia– se caracterizaría por el sometimiento de posturas contestatarias (como las de Marin Sanudo), apelando tanto a la elegancia del latín humanístico como a la necesidad de suscitar valores religiosos y patrióticos en los lectores.
31. F. Vegas, “La concezione della storia dall’Umanesimo alla Contrariforma”, en M. Sciacca (ed.), *Grande Antologia Filosofica*, vol. IX, Milán, Marzorati, 1964, pp. 1-59.
32. Bertelli, *Rebeldes, libertinos y ortodoxos en el barroco*, Madrid, Península, 1984.
33. Bertelli, *Rebeldes, libertinos y ortodoxos en el barroco*, op. cit., p. 15.
34. “Y así como Flacio Ilirico y sus colaboradores tenían una fe inquebrantable en la justicia de su posición religiosa –y en consecuencia en su juicio histórico–, en el campo opuesto tenía una fe igualmente inquebrantable Cesare Baronio, historiador parcial y tan influido en la búsqueda

rente, la conclusión deriva del análisis de una colección indiscriminada de textos (más allá de ciertas *artes historicae* o estudios históricos específicos) que van desde el más obtuso anticuarismo a un periodismo casi panfletario. A pesar de la erudición de Bertelli, la revisión sumaria y esquemática de más de cincuenta autores en relación con ciertas controversias eclesiásticas y políticas del período, da por momentos la impresión de un análisis superficial, donde priman las conexiones lógicas (no históricas) de ideas que caen bajo un concepto laxo de “barroco”, cuyo empleo ha sido cuestionado en las últimas décadas.<sup>35</sup>

Justamente, una reseña bastante completa sobre el empleo abusivo del término “barroco” por parte de los historiadores (de Giorgio Spini a Rodolfo De Mattei y Asor Rosa) aparece en un artículo que Eric Cochrane publicó en la revista *History and Theory* en los años ‘80.<sup>36</sup> Allí, el especialista norteamericano sostenía que los desacuerdos en cuanto al significado del término “barroco” se debían tanto a la tendencia a estudiar en forma aislada un historiador en particular como al hecho de querer aplicarle un contexto historiográfico extraño, propio de historiadores considerados normativos como Maquiavelo o Guicciardini. Para superar estas dificultades, Cochrane se propuso definir a la historiografía barroca a partir de un estudio empírico de todo lo publicado sobre la materia en la península itálica, desde Leonardo Bruni hasta principios del siglo XVII.<sup>37</sup>

Un año después, con la publicación de su libro *Historians and Historiography in the Italian Renaissance*, Cochrane lograba concluir la monumental tarea, aunque, sorprendentemente sólo dedicó a las *artes historicae* unas pocas páginas del epílogo.<sup>38</sup> Para el autor, la proliferación de estos tratados ilustraba la crisis de contenido de la historiografía tardo-renacentista y la ausencia de una actitud crítica con respecto a los modelos clásicos. Se nombran varios factores como la pacificación de la península (entre 1559 y 1600), el conservadurismo religioso y político, la censura inquisitorial y el auge de la crítica literaria, sin brindar un análisis exhaustivo del grado de incidencia de los mismos. La historiografía barroca aparece así como consecuencia necesaria de la desintegración

---

de documentos como los centuriadores...”: Bertelli, *Rebeldes, libertinos y ortodoxos*, *op. cit.*, pp. 56-57.

35. Como introducción a la discusión historiográfica sobre la pertinencia del Barroco como categoría de análisis, véanse J. A. Parr, “A Modest Proposal: That we use alternatives to Borrowing (Renaissance, Baroque, Golden Age) and Levelling (Early Modern) in Periodization”, *Hispania*, 84:3 (2001), pp. 406-416 y el número temático: “La notion de baroque. Approches historiographiques”, *Les Dossiers du Grihl* [En ligne], 2012. Disponible en <http://dossiersgrihl.revues.org/5058>.
36. E. Cochrane, “The Transition from Renaissance to Baroque: The Case of Italian Historiography”, *History and Theory*, Vol. 19 (1980), pp. 21-38.
37. E. Cochrane, “The Transition from Renaissance to Baroque”, *op. cit.*, p. 26.
38. E. Cochrane, *Historians and Historiography in the Italian Renaissance*, Chicago, The University of Chicago Press, 1981, pp. 479-493.

del paradigma humanista;<sup>39</sup> desintegración caracterizada por el divorcio de dos géneros de escritura que hasta entonces habían permanecido unidos: “la historia como literatura” y “la historia como investigación”. Mientras el primer tipo de historia, asociada a la enseñanza de un latín elegante, remite al programa pedagógico de la Compañía de Jesús que influyó en literatos de fama internacional como Enrico Caterino Davila y Famiano Strada; la historia como investigación se limita a la consulta de archivos municipales por maestros, bibliotecarios y nobles locales que, ignorando las reglas estilísticas de los tratadistas, muestran una falta de coherencia, precisión y extraña combinación de *distractio* (o gusto por detalles irrelevantes) y *campanalismo*, dado el carácter ideológico de sus escritos.<sup>40</sup>

Esta apreciación de Cochrane, con la que también concuerda Astrid Witschi-Bernz,<sup>41</sup> supone, para este momento histórico, una falsa dicotomía entre historia y literatura; dicotomía que apenas se insinúa en las primeras décadas del siglo XVII –con el triunfo del *more* geométrico cartesiano y la razón lógico-matemática– se desarrolla bien durante el Romanticismo (cuando la literatura como obra del genio creador, caracterizada por su belleza y fantasía, se separa de la historia, entendida como un registro fiel de la realidad) y sólo se consolida con el Positivismo (a partir de la aplicación de los métodos de las ciencias naturales al estudio de la sociedad).<sup>42</sup>

En síntesis, aunque Cochrane construye un marco explicativo más rico que Spini<sup>43</sup> y Bertelli para abordar el carácter variado y fragmentado que presenta la producción historiográfica italiana del tardo-*Cinquecento* y principios del *Seicento*, el mismo se vuelve prescindible en el trabajo con los textos. Basta echar un vistazo a nuestro *corpus* de fuentes, para observar que la escritura de la historia civil se hallaba estrechamen-

39. E. Cochrane (“The Transition from Renaissance to Baroque”, *op. cit.*, pp. 26-27) caracteriza a la historiografía humanista por la presencia de una serie de conceptos que marcaron el desarrollo del pensamiento de Occidente, a saber: el cambio a través del tiempo, la contingencia de hechos históricos singulares, la sucesión de diferentes épocas históricas y la independencia de los hechos humanos de la causalidad divina o sobrenatural. A lo que se agrega la presencia de algunos principios metodológicos: la búsqueda de las causas para conectar distintos hechos, el factor psicológico de los agentes que operan como causa final y una finalidad de tipo moral y política.

40. Véanse E. Cochrane, “The Transition from Renaissance to Baroque”, *op. cit.*, pp. 34-38; Id., *Historians and Historiography in the Italian Renaissance*, *op. cit.*, pp. 488-489.

41. A. Witschi-Bernz, “Main Trends in Historical-Method Literature”, *op. cit.*, pp. 53-ss.

42. Véanse F. Gómez Redondo: *La crítica literaria del siglo XX*, Madrid, Edaf, 1996, pp. 275-78; Leonardo Funes, “Las crónicas como objeto de estudio”, *Revista de Poética Medieval* 1 (1997), pp. 123-144; L. Gossman: “History and Literature. Reproduction or Signification”, en R. Canary y H. Kozicki, *The Writing of History. Literary Form and Historical Understanding*, Londres, University of Wisconsin Press, 1978, pp. 17-20.

43. No es casual que Cochrane haya editado una colectánea de ensayos entre los que se encuentra el trabajo de Spini traducido al inglés, con mínimas modificaciones respecto del original [G. Spini, “Historiography: The Art of History in the Italian Counter Reformation”, en E. Cochrane (ed.), *The late Italian Renaissance (1525-1630)*, New York, MacMillan, 1970, pp. 91-133].

te ligada tanto a ciertas formas de conocimiento empírico (que van del análisis de mapas, cronologías y fortificaciones militares a la explicación de plagas y catástrofes naturales) como a la práctica de anticuario (es decir, al desciframiento de inscripciones y la reconstrucción de los modos antiguos de vestir, comidas, edificios, etc.). Los miembros del círculo paduano-veneciano (como Robortello, Patrizi, Carlo Sigonio, Paolo Manuzio y Alessandro Sardi, entre tantos otros), inmersos en prácticas polimáticas de erudición, alternaban así su interés por la preceptiva de la historia con afirmaciones de anticuario, filólogo o filósofo natural.

En los años '70 también se abre otra línea de investigación a partir de los escritos de Bernard Weinberg (profesor de lenguas y literaturas romances de la Universidad de Chicago) sobre la recepción de la *Poética* aristotélica en el *Cinquecento*;<sup>44</sup> quien, adscrito a la corriente del *New Criticism*, promovía un trabajo de lectura atenta e interpretación de los documentos (*close reading*) para superar tanto las limitaciones de la contextualización excesiva como de la descripción netamente empírica, carente de marcos explicativos.<sup>45</sup> En su artículo *From Aristotle to Pseudo-Aristotle*,<sup>46</sup> Weinberg se preguntaba cómo de la teoría inicial de Aristóteles, que hacía depender los efectos del poema (considerado como totalidad) de sus características intrínsecas, se llegaba al neoclasicismo francés que –aún sosteniendo lo contrario, con su imaginario del “man of taste”– se proclamaba aristotélico. A partir de un relevamiento de las traducciones más antiguas del texto griego de la *Poética* en el Renacimiento (desde Giorgio Valla en 1498), Weinberg concluyó que la clave de una interpretación errónea de Aristóteles residía en tres factores (i) la existencia de hábitos fragmentarios y anárquicos de interpretación textual –que posibilitaron su comprensión dentro de una fuerte tradición retórica, dándole un papel preponderante a la audiencia–; (ii) la lectura de la *Poética* aristotélica como si se continuara con las ideas de Horacio respecto al deber de entretener e instruir (*docere et delectare*) al público; y (iii) la necesidad de modernizar y adaptar la teoría aristotélica a los requerimientos propios de la época.<sup>47</sup>

La aplicación del *close reading* y el relevamiento de las tradiciones de crítica textual, iniciados por Weinberg, resultaron productivos para los

44. B. Weinberg: *A History of Literary Criticism in the Italian Renaissance*, 2 voll., Chicago, University of Chicago Press, 1961; Id., *Trattati di Poetica e Retorica del Cinquecento*, Bari, Laterza, 4 vol., 1970-1974. Véase también la reciente traducción española de algunos artículos clave de Weinberg (entre ellos el que cito en inglés), en Id., *Estudios de Poética clasicista*, trad. de P. Conde Panado y J. García Rodríguez, Madrid, Arco, 2003.

45. Un ejemplo lo constituye el trabajo de Rüdiger Landfester (*Historia Magistra Vitae*, Ginebra, Droz, 1972), donde si bien se hace un resumen inteligente y estructurado de los principales temas tratados por cerca de sesenta *artes historicae* europeas, el excesivo énfasis puesto en los contenidos y la intencionalidad de sus autores, convierte paradójicamente dicho estudio en un nuevo tratado de arte histórica, antes que en una investigación crítica seria.

46. B. Weinberg, “From Aristotle to Pseudo-Aristotle”, *Comparative Literature* V (1953), pp. 97-104.

47. B. Weinberg, “From Aristotle to Pseudo-Aristotle”, *op. cit.*, pp. 103-104.

estudiosos del arte histórica. Por ejemplo, Eckhard Kessler<sup>48</sup> y Girolamo Cotroneo,<sup>49</sup> han propuesto un análisis estructural de la tratadística del período que –atendiendo a la migración de motivos, materias, fórmulas narrativas y combinaciones de *loci communes*–, explicó con relativo éxito los procesos de asimilación y adaptación de la preceptiva retórica clásica a las preocupaciones literarias de mediados del siglo XVI, centrándose en la discusión sobre el significado de la historia, la adopción de diversos estilos compositivos y el perfil de historiador dentro de una práctica de imitación ecléctica de distintos modelos de escritura.

Esta nueva perspectiva teórica –que tomaba distancia de la postura asumida por Spini y luego mejorada por Cochrane en los ’80– permitió reintegrar las *artes historicae* a la tradición pedagógica humanista del *Quattrocento*, a partir del criterio de verosimilitud y la necesidad de mantener un estricto balance entre artificios retóricos y materia narrativa para asegurar la credibilidad del lector, lograr su adhesión y posterior aplicación de las enseñanzas morales impartidas por el relato histórico.<sup>50</sup> En este campo se ubica toda una serie de estudios tendientes a destacar la pervivencia de las *artes historicae* en relación con la idea de historia como *magistra vitae*,<sup>51</sup> idea que sólo entraría en crisis hacia el siglo XVII, con la aparición de los *Nouveaux Pyrrhoniens*, Francis Bacon y Thomas Hobbes.<sup>52</sup> A pesar de su extensión, esta periodización permite observar, a grandes rasgos, la particularidad del caso italiano, la cual se debe tanto al peso que tuvo la tradición escolástica en lo que respecta a la separación de la filosofía del resto de las disciplinas humanísticas como al rechazo que en general suscitó la aplicación de los métodos de la filosofía natural a la historia, como se haría casi cincuenta años después de que el arte histórica alcanzara su máximo éxito editorial.<sup>53</sup>

48. E. Kessler, *Theoretiker Humanistischer Geschichtsschreibung*, W. Fink Verlag, Munich, 1971 y “Das rhetorische Modell der Historiographie”, en R. Koselleck et al. (eds), *Formen der Geschichtsschreibung*, Munich, Deutscher Taschenbuch Verlag, pp. 37-85.

49. G. Cotroneo, *I trattatisti dell’ars historica*, Nápoles, Giannini, 1971.

50. Cotroneo, *I trattatisti*, *op. cit.*, pp. 121-168 y E. Kessler, *Theoretiker Humanistischer*, *op. cit.*, pp. 44-60.

51. Cf. M. Gilmore, “The Renaissance Conception of the Lessons of History”, en W. Werkmeister et al. (eds.), *Facets of the Renaissance*, New York, Harper & Row, 1963, pp. 73-99; G. Nadel, “Philosophy of History before Historicism”, *History and Theory*, vol. 3 (1964), pp. 291-315; F. Gilbert, *Machiavelli and Guicciardini: Politics and History in Sixteenth-Century Florence*, Princeton University Press, 1965, pp. 203-301 y R. Koselleck, *Futuro Pasado*. Trad. N. Smilg, Barcelona, Paidós Ibérica, 1993, pp. 41-66.

52. Cf. A. Witschi-Bernz “Main Trends in Historical-Method Literature”, *op. cit.*, p. 53; N. Nadel, “Philosophy of History before Historicism”, *op. cit.*, pp. 309-315 y R. Popkin, *The History of Scepticism. From Savonarola to Bayle*, New York, Oxford University Press, 2003, pp. 64-99.

53. Al respecto, véanse N. Popper, “An Ocean of Lies: The Problem of Historical Evidence in the Sixteenth Century”, *Huntington Library Quarterly*, Vol. 74, N° 3 (2011), pp. 375-400 y S. Manzo, “Historia civil y poesía, certeza y verdad en Francis Bacon” en *Anales del Seminario de la Filosofía*, vol. 31, N° 2, pp. 373-94 (2014).



Por otro lado, Cotroneo ha preferido circunscribir la periodización de las *artes historicae* al ámbito italo-francés y situarla entre las primeras décadas del siglo XIV y mediados del siglo XVI, complementando así la establecida por Weinberg para las *artes poeticae* del *Cinquecento*. Según este filósofo italiano –catedrático de la Universidad de Messina y discípulo de Galvano della Volpe y Rosario Romeo– tres períodos habrían marcado el desenvolvimiento de las *artes historicae*: (i) desde Coluccio Salutati (1331-1406) hasta 1550, dominado por la retórica ciceroniana y la dialéctica aristotélica; (ii) la crisis del género coincidente con la Contrarreforma y (iii) su exitosa resurrección en Francia, en relación con el desarrollo de la jurisprudencia a través de la obra de François Baudouin y Jean Bodin.<sup>54</sup> El tercer punto ilustraría, asimismo, la diferencia entre las *artes historicae* del norte de Europa, donde la alianza de una tradición legal fuerte con la erudición filológica y el anticuarismo habría posibilitado la formación de lectores críticos y las del sur, tendientes a formar un canon de escritores efectivos.<sup>55</sup>

Aunque la periodización de Cotroneo posibilita la descripción genealógica de la dinámica de formas codificadas (motivos, *topoi*, *loci*) que presenten los textos y rescata la especificidad del caso italiano, establece una relación algo forzada entre la impronta retórica del *arte storica* y la configuración de un canon historiográfico, lo cual supone, por un lado, una concepción monolítica de la retórica como estilística y por otro, una definición de canon como una categoría universal asociada a la conformación de un modelo perfectamente coherente e incuestionable de civilización y cultura.<sup>56</sup> En consecuencia, a una matriz de reflexión literaria, propia de la Italia contrarreformada (que atiende a la elaboración de una pre-

54. G. Cotroneo, *I trattadisti*, *op. cit.*, pp. XII-XIV.

55. Muchos concuerdan con esta dicotomía, a nuestro criterio un tanto esquemática, entre el norte y el sur de Europa. Al respecto, Donald Kelley ha afirmado que “the distinction between history as art and as science corresponded roughly to that between writing and reading historical works. The classical essays included in Wolf’s collection (Lucian of Samosata and Dionysius of Halicarnassus) and the most modern Italians (Pontano, Patrizi, Robortello, Folieta, Viperano and Riccobono as well as Fox-Morcillo) were inclined to problems of writing according to rhetorical conventions, while Bodin, Françoise Baudouin and Simon Grynaeus were more concerned with the study and teaching and, in this pedagogical sense, the method of history for the philosophical, legal, political and religious purposes to which it could be put” (*Faces of history: historical inquiry from Herodotus to Herder*, New Haven-Connecticut, Yale University Press, 1998, p. 193). También, véanse J. Brown, *The Methodus ad facilem historiarum cognitionem of Jean Bodin: a critical study*, Washington D.C, The Catholic University of America Press, 1939, pp. 47-55; J. Franklin, *Jean Bodin and the Sixteenth Century Revolution in the Methodology of Law and History*, New York, Columbia University Press, 1963 y más recientemente W. J. Bouwsma, *El otoño del Renacimiento 1550-1640*, Barcelona, Crítica, 2001, pp. 263-282, y A. Grafton, *What was history? The Art of History in Early Modern Europe*, Cambridge, Cambridge University Press, 2007, pp. 32 y 68.

56. Sobre un uso abusivo de la categoría de canon, véanse J. M. Pozuelo Yvancos, “Canon: ¿estética o pedagogía?”, *Insula. Un viaje de ida y vuelta. El canon*. Número 600 (1996), pp. 3-4 y G. Navajas, “El canon y los nuevos paradigmas culturales”, *Iberoamericana. América Latina, España, Portugal: Ensayos sobre letras, historia y sociedad*, N° 22 (2006), pp. 87-98.

ceptiva histórica a partir de la imitación de los autores clásicos) se opone otra supuestamente científica que, característica de los países más tolerantes o bien, protestantes del norte de Europa, sacrifica la forma en función de un análisis crítico-documental. En este punto, la influencia de los trabajos de Spini y Bertelli sobre Cotroneo resulta evidente. Desgraciadamente, el problema radica en el hecho de que conceptos como retórica y canon, que estos historiadores y filósofos han construido (al extrapolar los datos, a menudo escasos, imprecisos o incompletos, de sus fuentes) con el propósito de hacer más inteligibles las *artes historicae*, se vuelven arbitrarios, porque, como advierte Henri Marrou,<sup>57</sup> terminan por reemplazar la realidad histórica concreta, con la cual deberían cotejarse permanentemente para determinar su validez y alcance.

Dado que retórica y canon constituyen dos instrumentos conceptuales claves de este estudio, cabe preguntarse, para evitar caer en el anacronismo, atribuyendo a los intelectuales del tardo-Cinquecento nociones que son propias de nuestra época, qué entendían y qué uso daban a estos términos. Al respecto resulta importante subrayar que la retórica en el Renacimiento, lejos de reducirse a mera estilística, era considerada un sistema de pensamiento que proveía los ladrillos expresivos necesarios para organizar los datos extraídos de la experiencia.<sup>58</sup> En continuidad con la tradición clásica, la retórica renacentista además de comprender el modo de expresión verbal o estilo (*elocutio*), la memoria y la modulación de la voz y de los gestos (*pronuntiatio*) se ocupaba tanto de la búsqueda de contenidos, argumentos y pruebas (*inventio*) como de establecer un orden entre los mismos (*dispositio*). Abocada así al ámbito de lo verosímil y lo probable al tiempo que estrechamente ligada a la lógica demostrativa, la retórica contaba con medios argumentativos propios: el ejemplo y el entimema; medios que se podían complementar perfectamente, sobre todo en su vertiente jurídica, con prácticas filológicas y anticuarias.<sup>59</sup>

En esta dirección, los trabajos de Anthony Grafton han demostrado que la conexión existente entre las *artes historicae* y las prácticas de erudición moderna, va más allá de las continuidades aparentes entre forma y contenido.<sup>60</sup> Esto se advierte en el papel preponderante que desempeña el componente visual en la práctica historiográfica, a partir de la importancia que revisten los testigos oculares, el análisis de los restos materiales, el empleo de mapas y cronologías, e incluso, la aplicación de conocimientos de la historia natural en la descripción de plagas, factores climáticos y

57. H. Marrou, *El conocimiento histórico*, Barcelona, Idea Books, 1999, pp. 121-ss.

58. J. Soll: "Introduction. The uses of Historical Evidence in Early Modern Europe", *Journal of the History of Ideas*, Vol. 64 (2003), pp. 149-157.

59. Sobre este punto, véase *infra* cap. II.

60. A. Grafton, "The Identities of History in Early Modern Europe: Prelude to a Study of the *Artes Historicae*", en G. Pomata and N. Siraisi (eds.), *Historia: empiricism and erudition in early modern Europe* (eds.), Cambridge-Mass., MIT Press, 2005, pp. 41-74 (también v. pp. 1-38) y del mismo autor, *What was history? op. cit.*, pp. 60-61.

catástrofes naturales.<sup>61</sup> En este sentido, el carácter retórico de las artes no excluyó, sino que también estimuló las preguntas sobre crítica textual, consistencia argumental y presentación de la información, por no hablar de la incorporación de la epigrafía, la numismática y la geografía para resolver algunos de los interrogantes que planteaba el estudio del pasado.

Asimismo, diversos estudios han desestimado la existencia de una noción monolítica de retórica en el Renacimiento, al explicar de qué modo diferentes técnicas de registro, organización y reciclado de datos y conocimientos antiguos (desde Rudolf Agricola y Johann Strum hasta Petrus Ramus), impulsadas por la convivencia de distintos marcos teóricos y una industria editorial en crecimiento que requería de nuevos formatos, interactuaron en el debate sobre las *artes*.<sup>62</sup> Al respecto, cabe destacar las publicaciones de Anne Blair<sup>63</sup> y Marie Dominique Couzinet,<sup>64</sup> quienes han puesto en evidencia el peso que la tradición retórica clásica ejerció en autores como Jean Bodin, considerado hasta entonces el precursor de una metodología histórica moderna. Bodin reunía toda la información disponible sobre un tema y clasificaba las opiniones de los Antiguos mediante el empleo de *loci communes*, para luego aplicarlas, no en función de una supuesta reconstrucción del pasado (en relación con un referente real y exterior al texto) sino de su utilidad, de una lectura filosófica que las hiciera significativas para el presente, en este caso, de la monarquía francesa del siglo XVII, interesada en el fortalecimiento de las instituciones políticas durante las guerras de religión.<sup>65</sup>

Reconociendo la influencia ejercida por la *Retórica* aristotélica en los siglos XV y XVI, Carlo Ginzburg<sup>66</sup> ha desarrollado una tercer línea de investigación alternativa tanto a la inaugurada por Weinberg (dedicada

61. A. Grafton, *What was history?*, *op. cit.*, pp. 62-188.

62. Cf. E. Garin, *Medioevo e Rinascimento*, Roma-Bari, Laterza, 1998, pp. 117-140; C. Vasoli, *La dialettica e la retorica dell'Umanesimo*, *op. cit.*, pp. 32-ss; W. Ong, *Ramus, Method and the Decay of Dialogue*, *op. cit.*, pp. 225-268; J. Murphy, (ed.), *Renaissance Eloquence Studies in the Theory and Practice of Renaissance Rhetoric*, Berkeley-Los Angeles, University of California Press, 1983, pp. 37-55; V. Cox, *The Renaissance dialogue: literary dialogue in its social and political contexts. From Castiglione to Galileo*, Cambridge, Cambridge University Press, 1992, pp. 99-207 y L. Bolzoni, *La stanza della memoria: modelli letterari e iconografici dell'età della stampa*, Turín, Einaudi, 1995, esp. cap. 1.

63. De Anne Blair, véanse *The Theater of Nature: Jean Bodin and Renaissance Science*, Princeton, Princeton University Press, 1997, pp. 65-115; "Bodin, Montaigne and the Role of Disciplinary Boundaries", en D. Kelley (ed.), *History and the Disciplines*, *op. cit.*, pp. 29-40 y "Reading Strategies for Coping Information Overload ca. 155-1700", *Journal of the History of Ideas* 64 (2003), pp. 11-28.

64. Marie-Dominique Couzinet, *Histoire et méthode à la Renaissance. Une lecture del Methodus de Jean Bodin*, París, Vrin, 1996.

65. M. Couzinet, *Histoire et méthode à la Renaissance*, *op. cit.*, pp. 36-45.

66. En esta línea, véanse de Carlo Ginzburg, *El juez y el historiador: consideraciones al margen del proceso Sofri*, Madrid, Anaya, 1993; *Rapporti di forza: storia, retorica, prova*, Milán, Feltrinelli, 2000 y *Il filo e le tracce. Vero falso finto*, Milán, Feltrinelli, 2006 [hay traducciones españolas].

a estudiar el impacto de la *Poética*) como a la de Quentin Skinner, John G. Pocock y más recientemente Angus Gowland, quienes, al sostener que es imposible conciliar una lógica retórica de lo probable y otra científica basada en demostraciones verdaderas y necesarias, convierten a la retórica en un discurso estrictamente político que se divide en *speech-acts*, esto es, en una serie de actos realizados en ciertos contextos históricos específicos con determinadas intenciones; actos mediante los cuales un autor responde a otros formando un entramado lingüístico en el que su acto comunicativo se inserta.<sup>67</sup> En cambio, Ginzburg —más interesado por recuperar una tradición retórica que se diferencia de la nietzscheana— establece un *continuum* entre retórica, historia y prueba. De este modo, centrándose en la retórica judicial (por su referencia al pasado), las pruebas técnicas (el ejemplo y el entimema) y el uso que Tucídides hace de éstas, el historiador italiano propone un paradigma historiográfico de carácter indicial, donde las causas se infieren a partir de los efectos.<sup>68</sup>

El paradigma indiciario ginzburiano reconoce así el carácter concreto, aleatorio e indirecto del conocimiento histórico al tiempo que apela a una reconstrucción más flexible del pasado, basada tanto en conexiones causales necesarias como en conjeturas probables, tendientes a sortear vacíos y lagunas documentales.<sup>69</sup> Sin duda, a la hora de pensar en una complementariedad entre el método demostrativo de las ciencias (que aplican la razón teorética y la lógica formal a la formulación de criterios de verdad) y el método argumentativo de la retórica, la filosofía y la dialéctica (que descansa en una razón práctica basada en lo verosímil, razonable o preferible), se advierte el impacto que, desde la teoría literaria, los estudios de Perelman y Olbrechts-Tyteca en torno a la retórica aristotélica han tenido en el historiador italiano, como él mismo reconoce.<sup>70</sup>

Otra cuestión interesante que nota Ginzburg, en relación con lo anterior, es que la *evidentia in narratione*, es decir, el carácter persuasivo y vívido que los intelectuales renacentistas daban a la narración histórica no era necesariamente incompatible con el desciframiento flo-

67. A. Gowland, "Ancient and Renaissance rhetoric and the history of concepts", *Finnish Yearbook of Political Thought*, 6 (2001), pp. 67-83; J. Pocock, *El momento maquiavélico*, Trad. M. Vázquez Pimentel y E. García, Tecnos, 2002; Q. Skinner, *Visions of politics*, vol 1: *Regarding method*, Cambridge University Press, 2002. Sin embargo, los críticos han advertido un contextualismo lingüístico más suave en Skinner que en Pocock, v. M. Bevir, "The errors of linguistic contextualism", *History & Theory* 31 (1992), pp. 276-98.

68. C. Ginzburg, *Rapporti di forza: storia, retorica, prova*, op. cit., pp. 11-67.

69. C. Ginzburg, "Indicios. Raíces de un paradigma de inferencias indiciales", en Id., *Indicios, mitos y emblemas*, Barcelona, Gedisa, 1989, pp. 138-175. Un caso de aplicación del paradigma indiciario en el Renacimiento, lo constituyen los estudios de Ginzburg en torno a cómo el humanista Lorenzo Valla (1407-1457) justificó la falsedad de la Donación de Constantino (Lorenzo Valla, *La Donation de Constantin*, op. cit., pp. ix-xxi).

70. Ch. Perelman y L. Olbrechts-Tyteca, *Tratado de la Argumentación. La nueva retórica*, trad. española de J. Sevilla Muñoz, Madrid, Gredos, 1994. Cf. C. Ginzburg, *Rapporti di forza: storia, retorica, prova*, op. cit., p. 44, nota 103.

lógico de fuentes no literarias desde una perspectiva anticuaria.<sup>71</sup> En este marco, la supuesta incompatibilidad entre *evidentia in narratione* y anticuarismo parece responder a la lectura sesgada que algunos historiadores –como Kessler, Cotroneo y Kelley– han hecho de la *Retórica* aristotélica (en especial del libro III) a la luz de la *Poética*, centrándose casi exclusivamente en cuestiones de crítica literaria y el problema de los afectos y las pasiones, pasando por alto la importancia que Aristóteles otorga en la *Retórica* a las pruebas no técnicas o extra-retóricas (como testimonios y documentos de diverso tipo).<sup>72</sup> Capitalizando esta aguda observación, nuestro estudio atenderá a las dificultades que los escritores de *arte storica* afrontaron en su intento por hacer coincidir la *Poética* con la *Retórica* aristotélica.

Resta puntualizar qué entendemos por canon; categoría que los autores reseñados (desde Spini hasta Grafton) utilizan hasta el cansancio para referir, en el caso italiano, a la consolidación de una cultura oficial clasicista, en donde el *arte storica* se convierte en pura ideología, destinada a legitimar autoridades políticas y religiosas. El problema reside en el hecho de que esta lectura del canon remite inevitablemente –pensando en Harold Bloom y sus seguidores–<sup>73</sup> a un modelo de cultura y civilización occidental que, sobre la base de la selección de determinadas obras de la literatura universal legitima las desigualdades socioeconómicas y políticas en el ámbito académico; lectura que es difícilmente aplicable a la Modernidad temprana.

Como señala E. Curtius,<sup>74</sup> la formación del canon, entendido en el Renacimiento como un catálogo de autores (noción que, asociada al desarrollo de una literatura cristiana, se remonta al siglo IV)<sup>75</sup> se relaciona estrechamente con el proceso de consolidación de tradiciones tanto en el plano jurídico como eclesiástico y pedagógico-escolar. Mientras el canon jurídico se constituye entre los siglos V y VI (alcanzando forma definitiva con la codificación de Justiniano); la Iglesia católica establece

71. C. Ginzburg, *Rapporti di forza: storia, retorica, prova, op. cit.*, pp. 16-27 y A. Momigliano, “The rise of Antiquarian Research”, en R. Di Donato (ed.), *The Classical Foundations of Modern Historiography*, Berkeley, University of California Press, 1990, cap. 3, pp. 54-79.

72. Aristóteles, *Retórica*, Madrid, Alianza, 2000, Libro I. 2, 1349-56a, p. 53.

73. H. Bloom, *El canon occidental: la escuela y los libros de todas las épocas*, Barcelona, Anagrama, 1997.

74. E. Curtius, *Literatura Europea y Edad Media Latina*, Trad. española de M. Frenk Alatorre y A. Alatorre, México-Buenos Aires, FCE, 1955, pp. 349-383.

75. Al respecto G. Kennedy (“The Origin of the Concept of a Canon and its application to the Greek and Latin classics”, en J. Gorak (ed.), *Canon versus Culture*, Nueva York-Londres, Garland, 2000, pp. 105-116) y A. Vardi (Canon of literary texts at Rome”, en M. Finkelberg y G. Stroumsa (eds.), *Homer, the Bible and beyond. Literary and Religious Canons in the Ancient World*, Leiden, Boston, Brill, pp. 131-152) notan que la confección de listas de autores en la Antigüedad clásica respondía más bien a factores coyunturales como el interés por un género literario o el gusto del compilador. El término “canon” fue introducido en la filología recién en 1768 por David Ruhnken en su edición de Rutilius Lupus (E. Curtius, *Literatura Europea y Edad Media Latina, op. cit.*, p. 361).

su canon teológico (que complementa con el bíblico) en 1563. En cambio, el canon pedagógico-escolar nunca se termina de afianzar dado que, entre los siglos XII y XV (más allá de las variantes regionales) sufre continuas modificaciones, como consecuencia de diversos factores: el surgimiento de las universidades, la incorporación de los *studia humanitatis* al currículum universitario y la discusión, que continuará en los siglos posteriores, sobre la clasificación de los saberes, los modelos de ciencia<sup>76</sup> y las preferencias literarias. Esto se observa particularmente en la península itálica, donde si bien el desarrollo de una poesía y prosa en vulgar obliga a la selección de escritores modelo —como hace Pietro Bembo con Petrarca y Boccaccio— para codificar y legitimar, apoyándose en la herencia clásica, una incipiente literatura vernácula; no se advierte, probablemente a raíz de la existencia de múltiples dialectos, la puesta en práctica de una preceptiva estricta o un catálogo fijo de autores a imitar, razón por la cual cada intelectual y artista presentan actitudes diferentes con respecto a la Antigüedad grecorromana.<sup>77</sup>

Del mismo modo, la dificultad de definir a las *artes historicae* como tradística constituye un buen punto de partida para reflexionar críticamente sobre la formación de un canon, al menos en materia historiográfica, durante el tardo-Cinquecento y principios del Seicento. Un tratado supone una relación de superioridad entre maestro y alumno al igual que la transmisión de una teoría coherente que puede ser aceptada o rechazada en bloque. En cambio, en el diálogo, el autor —en el marco de una conversación cotidiana que intenta reflejar el ambiente socio-cultural del público al que va dirigido— se proclama “transcriptor de las opiniones de los otros”,<sup>78</sup> dándole al lector un papel más activo en la elección o el rechazo de diferentes puntos de vista.<sup>79</sup> Por ello, a diferencia de los tratados, en un diálogo no se presenta la opinión del autor en forma explícita, sino que ésta se mezcla con las opiniones más diversas, forjando una textualidad contradictoria y abierta, en que la conclusión queda a cargo del lector.

Los documentos que trabajamos (*dialogi, ragionamenti, disputationes, avvertimenti, lezioni*), por su textualidad provisoria y abierta, todavía muy ligada a la cultura oral, nos brindan la posibilidad de atender tanto a los fragmentos omitidos (por su resistencia a una formulación sistemática) o agregados (con alguna intención) como a las reelaboraciones en formatos más esquemáticos a lo largo de ediciones y comentarios posteriores. La

76. H. Kearney, *Orígenes de la ciencia moderna 1500-1700*, Madrid, Guadarrama, 1970, pp. 131-143.

77. E. Curtius, *Literatura Europea y Edad Media Latina*, op. cit., 373-ss.

78. “...manual copiatore degli altrui detti...”, Sforza Pallavicino, *Trattato dello stile e del dialogo*, Roma: nella stamperia del Mascardi. A spese di Giovanni Casoni, 1662, p. 331.

79. Cf. V. Cox, *The Renaissance dialogue*, op. cit., pp. 42-46 y David Marsh, “Dialogue and discussion in the Renaissance”, en G. Norton (ed.), *The Cambridge History of Literary Criticism*, op. cit., pp. 265-270.

**Vista parcial del contenido del libro.**

Para obtener el libro completo en formato electrónico puede adquirirlo en:

[www.amazon.com](http://www.amazon.com)  
[www.bibliotechnia.com](http://www.bibliotechnia.com)  
[www.interebook.com](http://www.interebook.com)  
[www.e-libro.net](http://www.e-libro.net)

**MIÑO y DÁVILA**  
♦ EDITORES ♦